

“¿QUÉ HARÍA OBAMA SI FUERA PROFESOR DE EMPATÍA?”*

El desastre provocado por el actual torrente de petróleo en el Golfo de México supondría, sin duda, una dura prueba para cualquier Presidente, y ha demostrado ser una prueba especialmente dolorosa para Barack Obama. Ahí está, un Presidente activista perseguido por las acusaciones de no actuar, enfrentado a una situación en la que ningún Presidente podría hacer gran cosa. El mítico Obama se habría puesto el traje de neopreno y habría arreglado él mismo el escape si no fuera porque Obama no ha protagonizado ninguna noticia casi desde su investidura. En su lugar, los estadounidenses se han tenido que contentar con el presidencialmente resuelto Obama, que incluso ha amenazado con dar una patada en el culo del contaminador.

Sin embargo, enfadarse nunca ha sido el punto fuerte del Sr. Obama. Es demasiado frío y reflexivo, demasiado parecido a un profesor (¿cuándo fue la última vez que alguien se ha sentido intimidado por el enfado de un profesor?). La persuasión de su enfado también ha tomado como rehén a su reputación de poseer aquello que ha proyectado como su virtud característica: la empatía. Pues la empatía hacia los otros, en su constructo habi-

Clifford Orwin es profesor de Ciencia Política en la Universidad de Toronto y profesor visitante de la Universidad de Standford.

* Traducción de Estefanía Pipino del texto “What would Barack do? Barack Obama as Teacher of Empathy”, publicado originalmente en *In Character: a Journal of Everyday Virtues* (22-6-2010). <http://incharacter.org/observation/1does-he-feel-our-pain/>

tual, implica sentir enfado ante el sufrimiento innecesariamente infligido a esos otros, como muestra de comprensión ante la indignación justificada que sienten por lo que han soportado. En el caso que nos ocupa, la supuesta ausencia tanto de empatía como de enfado en el Sr. Obama ha alimentado el descontento por lo distante de su actitud. Ser distante significa estar por encima de la crispación política, pero en sentido negativo. Esto es un pecado grave para cualquier político democrático y podría ser mortal: “no te elegimos para que mostraras indiferencia ante nuestro sufrimiento”.

Últimamente, el Sr. Obama ha sido criticado no sólo por su supuesta actitud distante, sino por tratar de disipar dicha reputación, incluida la famosa amenaza de dar una patada en el culo (de hecho, el Sr. Obama se lanzaría a retorcerle el brazo al responsable del vertido para obtener los 20.000 millones de dólares de las reclamaciones por daños y perjuicios). Esto ha provocado que Fareed Zakaria se queje, no por el Sr. Obama, sino por las exigencias de los medios hacia el Sr. Obama¹. Para él, la obsesión por que el Presidente exhiba (o no) este o aquel sentimiento es totalmente irrelevante. Lo importante no es cómo (o si) el Sr. Obama exterioriza sus sentimientos, sino si demuestra liderazgo. La obsesión por lo primero no representa para él más que una tentación para ejecutar una demostración de lamentos, simplemente para mostrar que le importa, a expensas de atender otros asuntos no menos importantes. Como Presidente de todos los individuos y de todos los problemas a los que se enfrentan los individuos, la transformación del Sr. Obama en el Gran Emocionado sólo degradaría su mandato.

Esto representa una doble ironía. En primer lugar, porque el Sr. Obama efectivamente accedió a la política nacional sustentado por una plataforma fundada en la empatía, como explica en su libro *La audacia de la esperanza*. Y en segundo lugar, por muy paradójico que les pueda parecer a sus de-

¹ “The President needs to lead, not emote.” *Newsweek*, 13 de junio de 2010 (<http://www.newsweek.com/2010/06/13/presidential-pony-show.html>). Véase también **Matt Welch**, “The Obama ‘narrative’ narrative”, *Reason*, 18 de marzo de 2010 (<http://reason.com/archives/2010/03/18/the-obama-narrative-narrative>) y **Jason Aronowitz**, “The Obama ‘narrative’ is overshadowing the presidency’s real stories”, *Washington Post*, 20 de junio de 2010 (<http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2010/06/18/AR2010061803052.html>)

tractores, porque lo que el Sr. Obama quiere transmitir con la empatía poco o nada tiene que ver con exteriorizar los sentimientos.

“¿QUÉ HARÍA BARACK?”

–“¿Qué haría Jesús?”. Muchos estadounidenses, al enfrentarse a cualquier circunstancia, dicen hacerse a sí mismos esta pregunta. Así, declaran llevar a la práctica la venerable tradición de *imitatio Christi*.

Sólo un poco irónicamente, trato de dar un nuevo enfoque a este asunto. Después de todo, Barack Obama es para muchos un modelo a seguir (de hecho, durante su campaña de 2008, los miembros de su equipo le denominaban el “Jesús negro”²). Mucho más que cualquier otro Presidente reciente, Obama ha cultivado conscientemente dicho papel de modelo de conducta. Por supuesto, esto tiene mucho que ver con el hecho de ser el primer Presidente afroamericano. Por una parte, se ha ofrecido como inspiración a sus compatriotas negros; por otra, su logro histórico ha ensalzado su estatura moral ante todos los estadounidenses. El Sr. Obama se parece a su predecesor George W. Bush en que se toma con la máxima seriedad el carácter ejemplar de la presidencia. Dotado de una elocuencia que al Sr. Bush le era esquiva, ha buscado edificar no sólo con los hechos sino con las palabras, tanto habladas como escritas. Su preocupación por la moral ha trascendido la política y las clases políticas para abarcar la conducta diaria de los miembros de la sociedad libre. Su vida privada está por encima del reproche, y nos ha ofrecido consejo para encaminar la nuestra. Por ello, a su manera, nos ha animado a preguntarnos qué haría Barack en nuestro lugar.

En pocas palabras, la respuesta es que Obama actuaría con empatía. Lo que el Sr. Obama quiere decir con ello resulta relevante para los lectores de esta revista, ya que es un asunto totalmente relacionado con la virtud cotidiana. No obstante, también lo presenta como el principio rector de su actividad política así como de sus esperanzas para los Es-

² John Heilemann y Mark Halperin, *Game Change. Obama and the Clintons, McCain and Palin, and the Race of a Lifetime* (New York: HarperCollins, 2010), solapa frontal.

tados Unidos. Supone un tributo a su tratamiento de la cuestión, la consideración de que la reflexión sobre la empatía revela no sólo las fortalezas sino los problemas que ésta presenta como norma moral y política.

DESDE LA COMPASIÓN HASTA LA EMPATÍA

Seré el primero en admitir mi sorpresa al verme a mí mismo dedicar semanas de mi vida a interpretar el pensamiento del Sr. Obama. Soy, de profesión, profesor de filosofía política, y por ello estoy habituado al estudio de pensadores de primer nivel. Ningún otro Presidente a lo largo de mi vida me habría exigido tanto esfuerzo. Es cierto que llegué a él por mi interés previo en ciertos aspectos de las políticas de los dos Presidentes que le precedieron, aquellos relacionados con el papel de la compasión en la política. Primero por parte de Bill Clinton y más tarde por George W. Bush, el público estadounidense había oído hablar mucho sobre compasión. El Sr. Clinton había sentido nuestro dolor y el Sr. Bush promovió el “conservadurismo compasivo”. Esa retórica no cambió el mundo.

Pero, entonces, Estados Unidos entró en la Era Obama. Ningún Presidente desde Roosevelt se había enfrentado a crisis tan graves, tanto nacionales como extranjeras, ni ninguno de ellos había inspirado esperanzas tan fervientes, pero si alguno esperaba que el Sr. Obama hiciera sonar la trompeta de la compasión, rápidamente quedaría decepcionado.

No se trata tanto de lo que el Sr. Obama dijo acerca de la compasión, sino de lo poco que dijo sobre ella. Sus dos libros, tan extensos y elocuentes, se muestran muy poco comunicativos acerca de esta cuestión. En *Los sueños de mi padre*³ se muestra el alma en conflicto del Sr. Obama, pero modestamente se abstiene de presentar la compasión como uno de sus elementos.

³ *Dreams from my Father. A Story of Race and Inheritance* (New York: Crown Publishers, 2004).

*La audacia de la esperanza*⁴, su trabajo posterior y políticamente programático, culpaba a George W. Bush de prometer conservadurismo compasivo y no cumplir esta promesa (37; Cf. 147). También mencionaba la compasión como una entre toda una “constelación de actitudes que expresan el respeto mutuo existente entre [los estadounidenses]” (p. 55). Sin embargo, la compasión no era el “valor” que el Sr. Obama realzaba en su libro, pues ese honor recaía en la “empatía”.

A primera vista, las diferencias entre la compasión y la empatía podrían parecer leves. Incluso el Sr. Obama aceptó que la empatía se podía malinterpretar fácilmente como “un llamado a la conmiseración o a la caridad” [*Audacia*, 66]. Pero, en consecuencia, resaltaba de esta forma que esto suponía una interpretación errónea: la empatía no era “una llamada a la conmiseración o a la caridad”.

LA EMPATÍA Y EL “POST-PARTIDISMO”

La elección del Sr. Obama del discurso de la empatía por encima del de la compasión no tuvo nada de arbitrario o de accidental. Hay varias razones que lo explican y la primera de ellas es retórica/estratégica. Al presentarse como un candidato independiente del *establishment* demócrata, necesitaba hallar su propia voz y definir sus propios términos. La compasión no era uno de ellos. El apogeo de la compasión se había producido en los años de Clinton, y los Clinton habían mantenido su custodia. Ahora le pertenecía a Hillary Clinton, la principal rival demócrata del Sr. Obama. Era la favorita del *establishment* del partido, acostumbrados a predicar la compasión, y de los votantes de más edad, acostumbrados a oírla predicar. Por el contrario, la empatía era algo nuevo, como el propio Sr. Obama. Le proporcionaba un pasaporte a un lugar diferente, todavía demócrata, pero situado más allá de las preocupaciones tradicionales del partido. Asimismo, demostró ser crucial para su discurso sobre el “post-partidismo”.

⁴ *The Audacity of Hope. Thoughts on Reclaiming the American Dream* (New York: Crown Books, 2006). Cito de la edición en tapa rústica (London: Canongate Books, 2008).

El “post-partidismo” parecía ser un término acuñado por el gobernador de California, Arnold Schwarzenegger. Lo utilizó en su política, la cual mezclaba y equiparaba enfoques para el gobierno de California extraídos de los programas de los dos partidos principales. Sin embargo, sus circunstancias como gobernador republicano por casualidad en un estado mayoritariamente demócrata, diferían bastante de aquéllas del Sr. Obama. Por consiguiente, cuando los periodistas, entre ellos yo, empezamos a aplicar al candidato el término acuñado por el gobernador, también cambiamos su significado.

El post-partidismo del Sr. Obama se dirigía a un problema del que era plenamente consciente y que empapaba las páginas de *La audacia de la esperanza*. Se trataba del hecho de que sus partidarios más fervientes esperaban que fuera tan partidista como ellos, de igual forma que el Partido Demócrata exigía a su senador novel una lealtad inquebrantable a la agenda demócrata. El público general, por el contrario, estaba harto de los partidos, del partidismo y de las agendas partidistas.

El Sr. Obama se ocupó de este dilema insistiendo con fuerza en los problemas, algo que complacía a los partidistas, al tiempo que cultivaba una retórica apropiada para cortejar a los independientes. A la vez que continuaba siendo rotundamente demócrata, se dedicó a establecerse como algo más que un simple demócrata. Éste era el proyecto de *La audacia de la esperanza* y, en general, de la estadía del Sr. Obama en el Senado. Su apropiación de Abraham Lincoln lo agrandó aún más, lo mismo que sucedió con su llamamiento a la empatía.

El significado que el Sr. Obama daba a la empatía suavizaba el partidismo sin negarlo. Sí, se puede comprender como la marca de un político *New Age*, pero la *New Age* en cuestión era una Era del Resentimiento. Las relaciones entre los partidos se habían deteriorado profundamente a raíz del asunto Monica Lewinsky y el proceso contra Clinton, las elecciones “robadas” del 2000, y la división causada por la guerra de Irak y la guerra contra el terror. La política del Sr. Obama podía ser nueva, pero también tenía que ser contemporánea. Aunque estuviese dispuesto a enfrentarse a la Sra. Clinton por el título de “Demócrata Enfadado Más Capacitado Para

Conseguir Llegar Hasta Los Republicanos”, no pensaba dejar a la simple palabrería vacía sus cuestiones principales.

Desde el principio de su carrera, el Sr. Obama ha recurrido a los profundos pozos de la furia partidista. Más tarde, esto se convirtió en una constante tácita de su campaña presidencial. La noche de las elecciones de 2008 trabajé como comentarista en la emisora nacional canadiense y se me ocurrió mencionar este hecho, lo cual enfureció a un seguidor de Obama que hablaba desde Filadelfia: ¿cómo me atrevía a sugerir que el Sr. Obama hubiera apelado a algo que no fueran sentimientos “acuarios”?* En rigor, el candidato no se había rebajado a incitar el rencor, algo que no había sido necesario porque los votantes enfadados ya eran suyos. No precisaban de recordatorios acerca de por qué le preferían a él y no a John McCain o a la Sra. Clinton. Es la guerra de Irak, estúpido.

Esta furia llegó a su apogeo durante la estancia del Sr. Obama en el Senado, mientras escribía *Audacia*. Ni los demócratas ni los republicanos estaban dispuestos a ceder ni un ápice, y el Sr. Obama tampoco pedía a sus compañeros nada parecido. No les exigía que moderaran sus opiniones, sino que aprendiesen a “extender la empatía” a los republicanos y a las demás personas que les rechazasen. Cuando no pudiesen aceptar, aprenderían a entender; cuando sólo pudieran oponerse, tratarían de hacerlo sin rencor. Aunque continuasen rechazando la opinión, de igual forma rechazarían odiar al que así opinase. Sin anular el partidismo, la empatía le prestaría un rostro más amable.

Esto explica por qué la empatía constituía el centro del argumento de *Audacia*: destilaba la esencia de la postura post-partidista del Sr. Obama. Sin embargo, con esto no quiero insinuar que para él la empatía sólo fuera un tema de conversación. Existen todas las razones para dar crédito a su reivindicación de que para él no existía mejor virtud. Sin embargo, si se examina más de cerca, la empatía resulta ser una virtud amalgamada y compleja. Por un lado, como se ha visto, debe reducir, si no el partidismo como tal, al menos los excesos a él asociados. Por otro, el Sr. Obama la presentaba como si involucrase un partidismo o activismo propio.

* Nota del editor: Entiéndase como sentimientos “buenistas”.

LA EMPATÍA COMO ACTIVISMO (I): ¿UN PARTIDISMO JUDICIAL?

Este aspecto “activista” de la empatía salió a la luz durante la campaña presidencial, cuando el Sr. Obama anunció que figuraría en su examen de los candidatos a la Corte Suprema.

“Sabén, el juez (John) Roberts dijo que se veía a sí mismo sólo como a un árbitro. Pero los problemas que llegan al tribunal no son ninguna broma. Son cuestión de vida o muerte. Y necesitamos a alguien que tenga el corazón necesario para reconocer –la empatía para reconocer– lo que es ser madre adolescente; la empatía para entender lo que significa ser pobre, afroamericano, gay, discapacitado o viejo. Ésos son los criterios por los que me voy a guiar a la hora de elegir a los jueces”.

(Declaraciones para *Planned Parenthood* [*Planificación familiar*],
17 de julio de 2007)

Se podría confundir una empatía así entendida con una reiteración de la venerable expectativa de que un juez sea imparcial. No lo es. Ya que, mientras la imparcialidad impide escrupulosamente la aquiescencia con las personas, la empatía judicial del Sr. Obama se desvía peligrosamente hacia ella. Consideren el postulado occidental clásico de la imparcialidad judicial, que se encuentra en la Biblia hebrea, y el juramento del cargo, inspirado por ésta, que deben realizar los jueces de la Corte Suprema:

“No harás agravio en el juicio; ni complaciendo al pobre, ni favoreciendo al grande; con justicia juzgarás a tu prójimo”.

(Levítico 19,15)

“Yo, [NOMBRE], juro solemnemente que administraré justicia sin hacer distinción entre las personas y reconoceré los mismos derechos a pobres y ricos, y que cumpliré y desempeñaré todas las obligaciones que me correspondan como [CARGO], de conformidad con la Constitución y las leyes de Estados Unidos, con la ayuda de Dios”.

United States Code, Título 28, Capítulo I, Parte 453
(Agradezco al Dr. Richard H. Cox la referencia).

Las palabras “la empatía para reconocer lo que es ser madre adolescente; la empatía para entender lo que significa ser pobre, afro-americano, gay, discapacitado o viejo”, ¿quieren decir aplicar la ley de forma diferente a estas personas frente a las contrapartes en los asuntos? Si es así, constituye una violación de los Mandamientos de las Escrituras y del juramento del cargo de los jueces. Si no es así, entonces, ¿qué significa?

El ejemplo ofrecido por el propio Sr. Obama de un caso que habría obtenido una sentencia diferente si se hubiera juzgado con empatía es el de *Ledbetter contra Goodyear Tire and Rubber Company* (Corte Suprema Nº 05-1074; 550 U.S. 618 [2007]⁵). La Sra. Ledbetter demandó a la empresa que la empleaba por discriminación sexual porque a lo largo de los años le habían pagado menos que a sus compañeros hombres que ocupaban el mismo rango. Goodyear se defendió alegando los resultados negativos de sus evaluaciones del desempeño laboral de la mujer. Al final, las alegaciones de la demanda de Ledbetter probaron ser discutibles, ya que la ley a la que se recurrió –el Título VII de la Ley de derechos civiles de 1964– incluía un tiempo de prescripción, y el caso se decidió según dicho plazo. Los jueces decidieron en su contra por 5 a 4, con la declaración del Juez Alito de que la conclusión era inevitable: no había presentado la demanda dentro de los 180 días permitidos.

Aun así, la sentencia, como tantas otras en ese momento, sólo fue de 5 contra 4. La juez Ginsburg, como portavoz de la minoría, expresó una disconformidad oral con la sentencia, un gesto inusual y enfático. La juez Ginsburg subrayó la injusticia cometida al aplicar de forma inflexible el plazo de prescripción a las mujeres, ya que el ambiente enrarecido de la empresa las dejaba con menos ganas de demandar que a los hombres. Siendo ésta la situación, la interpretación de la mayoría del título VII había frustrado la intención de la ley de extender los derechos civiles y constituía, por tanto, un error. Hacía, asimismo, un llamamiento al Congreso para que revisara el plazo de prescripción y así impedir una interpretación de este tipo.

El caso demostró ser una polémica de primer orden. Los congresistas demócratas, en respuesta al llamamiento de la juez Ginsburg, rápidamente in-

⁵ <http://www.supremecourt.gov/>

trodujeron la ley de remuneración justa Lilly Ledbetter⁶. Enmendaba el título VII para permitir demandas de actos discriminatorios actuales (por ejemplo, sueldos inferiores) como resultado de sentencias pasadas, por haber llegado fuera del plazo de prescripción según la interpretación del tribunal. La mayoría republicana en ese momento del Senado detuvo el proyecto de ley y John McCain se opuso a ello una y otra vez durante la campaña presidencial. La Sra. Ledbetter participó activamente en la campaña, con apariciones en los anuncios de Obama y en la convención demócrata. En enero de 2009 el Congreso aprobó la ley y el presidente Obama la firmó. Fue la primera ley aprobada con la nueva Administración, y se hizo a bombo y platillo.

Pero este arranque de empatía congresista por los agravios de los empleados, ¿implicaba la aprobación de la noción del Sr. Obama de la empatía *judicial*? ¿Quería dicha ley animar a los jueces a aplicar la ley de forma diferente a los desfavorecidos frente a los privilegiados? Parece dudoso. El Congreso había modificado el Título VII con el fin de alterar el plazo de prescripción para todos. A pesar de que la ley ahora era diferente, continuaba siendo igual para todos los demandantes, incluyendo a los hombres, a los blancos y a los ricos (ya que éstos también pueden ser objeto de discriminación en el lugar de trabajo).

Así, era posible estar de acuerdo con las enmiendas al título VII como promulgaba la Ley Ledbetter a la vez que se rechazaba enfáticamente la noción de empatía judicial del Sr. Obama. Era posible y yo lo hice. También lo hizo la primera persona designada por el Sr. Obama para la Corte Suprema, la juez Sonia Sotomayor, a juzgar por su testimonio en la audiencia de confirmación en el verano de 2009. El Sr. Obama había apelado (y anteriormente ella misma lo había hecho), a la empatía que le otorgaba su origen de mujer hispana que había progresado desde la pobreza hasta un puesto de distinción, y por la que rechazaba cualquier idea de favoritismo judicial basada en el género o en la clase social.

Independientemente de los méritos del razonamiento de la juez Ginsburg sobre la injusticia de aplicar un plazo de prescripción a las mujeres,

⁶ http://en.wikipedia.org/wiki/Lilly_Ledbetter_Fair_Pay_Act

concebidas éstas como una clase temerosa de demandar, ello claramente anticipaba la posición del Sr. Obama. En efecto, en una coincidencia sorprendente, el *The Washington Post*, al informar sobre la sentencia Ledbetter al día siguiente de dictarla, calificó la discrepancia de la juez como “empática”. ¿Podría ser que esto plantase (o al menos regase) las semillas del significado concebido por el Sr. Obama?⁷.

LA EMPATÍA COMO ACTIVISMO (II): LA AUDACIA DE LA ESPERANZA

Independientemente de los problemas que pueda presentar la idea del Sr. Obama de la empatía judicial, su exposición de la empatía como tal merece una seria reflexión. Le dedica varias páginas de su libro *La audacia de la esperanza* (pp. 66-69) en un momento crucial, como culminación del capítulo titulado “Valores”. La empatía es la única virtud que recibe un trato así y, como tal, se revela como una pieza central de la visión del Sr. Obama sobre sí mismo, sobre el Partido Demócrata y sobre la promesa de vida americana. No contento con recibir la compasión como legado de los Clinton, el Sr. Obama no sólo la renombró, sino que la repensó.

En *La audacia de la esperanza*, así como en el discurso de *Planned Parenthood* (planificación familiar), el Sr. Obama promueve la empatía como forma de espolear el activismo político. Sin embargo, su presentación de ella en *Audacia* es más compleja y equívoca. Desarrolla la ambigüedad ya implícita en su retórica post-partidista. La empatía inspira, al mismo tiempo, al partidismo y a su moderación.

El modelo de empatía del Sr. Obama es un Senador Demócrata de Illinois anterior a él: el ya difunto Paul Simon.

⁷ El analista judicial Jeffrey Toobin ha argumentado que, consideradas en su conjunto, las opiniones del Sr. Obama sobre el papel de los tribunales en una sociedad democrática son, como las de muchos otros académicos progresistas hoy, relativamente “conservadoras”; es decir, insiste en la deferencia a las sentencias de los jueces elegidos. **Jeffrey Toobin**, “Bench Press. Are Obama’s Judges Really Liberal?” *The New Yorker*, 10 de septiembre de 2009, disponible en http://www.newyorker.com/reporting/2009/09/21/090921fa_fact_toobin?currentPage=all#ixzzOpuslxjRQ

“La gente percibía que [el senador Simon] era un hombre que vivía según le dictaban sus valores, que era honrado, que defendía aquello en lo que creía y, quizá lo más importante de todo, que se preocupaba por ellos y por lo que les sucedía.

Me doy cuenta de que voy apreciando cada vez más este último rasgo de la personalidad de Paul –un sentido de la empatía– a medida que me hago mayor. Representa el núcleo de mi código moral, y es como entiendo la regla de oro: no como un simple llamamiento a la conmiseración o a la caridad, sino como algo más exigente, un llamamiento a ponerse en los zapatos del otro y ver a través de sus ojos”.

A lo largo de todo su libro, el Sr. Obama llama a los demócratas a que practiquen esta virtud entre ellos (sobre todo para que los más progresistas, como él mismo, se pongan en los zapatos de los más conservadores en cuestiones como el aborto o el control de las armas de fuego). También les llama a practicar la empatía con los republicanos. Exhorta a los partidarios de todas las tendencias a reconocer el patriotismo y la buena fe de sus oponentes, a reconocer que su visión de un problema no es la única que hay, a reconocer que la gente razonable diferirá sobre asuntos complejos (y a veces angustiosos) de las políticas públicas. De la misma forma que nada de lo que vio en sus primeros años como Senador le preocupó tanto como el venenoso partidismo de Washington, sugiere que no hay tarea más urgente para los estadounidenses que repudiar dicha actitud.

Sin embargo, en el pasaje que se ha señalado, tras la loa a Paul Simon, el Sr. Obama pasa a mencionar una influencia anterior beneficiosa para su vida, la de su madre. Al mismo tiempo, también pasa de tratar la empatía como algo deseable en los partidarios políticos, a considerarla la virtud clave para todos.

“Como la mayoría de los valores, la empatía la aprendí de mi madre. A ella le disgustaba cualquier tipo de crueldad, falta de consideración o abuso de poder, sin importarle que se tratase de prejuicios raciales, un matón de patio de escuela o trabajadores mal pagados. Siempre que veía algún indicio de ese tipo de conducta en mí me miraba a los ojos y me preguntaba: ¿Cómo te sentirías tú si te hicieran eso?” *(Audacia, p. 66)*

Como centro del código moral del Sr. Obama y su asunción de la regla de oro, ¿podría haber ofrecido una declaración más enfática? Estos párrafos son muy interesantes, sobre todo por el comentario de que sólo la intervención de su madre impidió que el joven Obama sucumbiera a sus “inclinaciones” naturales al prejuicio, la intimidación y, sí, a pagar poco a sus empleados (¿le regateaba a su hermana el precio de la limonada que vendía en su *stand*? Dejaremos a los historiadores la tarea de encontrar las pruebas concluyentes).

Sorprende lo rápidamente que el Sr. Obama pasa de diferenciar la empatía de la “conmiseración o caridad” (que uniré como compasión), a equipararlas. La orden de “ponerse en los zapatos del otro y mirar el mundo a través de sus ojos” es en realidad un llamamiento a entender lo que sufren los individuos cuando nos unimos desconsiderada o maliciosamente a otros en sus acciones. ¿En qué se diferencia entonces la empatía de lo que los progresistas han entendido tradicionalmente como compasión?

En primer lugar, de igual forma en que “más” se diferencia de lo “mismo”. La empatía adopta un cariz más profundo, más genuino y más potente que la “conmiseración o caridad”. A través de ella se entra en los sentimientos del otro tanto como sea humanamente posible. Si ya no se usa el término compasión es porque se está describiendo algo que va más allá de lo que habitualmente se entiende por compasión. El Sr. Obama estaba en lo correcto cuando dijo que este último término había perdido fuerza por su uso excesivo. Al sustituirlo por uno nuevo esperaba poder capturar nuevamente su fuerza original.

La empatía, así considerada, no define tanto un nuevo programa moral y político para los progresistas como exhorta a cumplir uno antiguo.

... “Me encuentro regresando una y otra vez al sencillo principio de mi madre -¿cómo te sentirías tú si te hicieran eso?- como directriz para mi política.

En mi opinión, no nos planteamos esta pregunta lo suficiente; como país da la impresión de que tenemos un déficit de empatía. No toleraríamos escuelas que no enseñasen, que permanentemente adolecieran de poca financiación, empleados e inspiración, si pensáramos que los niños de esa escuela son como los nuestros. Cuesta imaginar que un consejero delegado de una

empresa se pudiera conceder a sí mismo un bono multimillonario y al mismo tiempo recortase la cobertura sanitaria a sus empleados, si pensara que de alguna forma son sus iguales. Y es razonable asumir que aquellos que están en el poder se pensarían mucho más la posibilidad de entrar en guerra si se imaginaran a sus propios hijos e hijas en peligro”.

El Sr. Obama ofrece esto como consejo, no al resto de políticos como él, sino a todos los estadounidenses. Seríamos mejores seres humanos y ciudadanos si realizásemos este sencillo ejercicio intelectual. Y un ejercicio intelectual es lo que es. Resulta relevante la recurrencia al verbo “pensar”: la empatía para el Sr. Obama no es un sentimiento espontáneo, sino una norma basada en la disciplina mental. Nuestra carencia colectiva es la de “imaginar”.

Esto también explica en parte por qué el Sr. Obama invoca la empatía en vez de la compasión, ese término tanto tiempo celebrado por su partido. Es cierto, la compasión es una palabra que nos viene a la mente más fácilmente; los nativos ingleses la hemos usado durante siglos. Por el contrario, la empatía entró en nuestro idioma en 1904, y no fue precisamente una invasión. Incluso ahora, raramente se oye fuera de las clases de psicología y en algún programa ocasional. Sin embargo, la compasión es un sentimiento y el Sr. Obama quiere que vayamos más allá de los simples sentimientos.

Muchas personas han estudiado las diferencias en el estilo público del Sr. Obama y el de Bill Clinton. El Sr. Obama tiene una personalidad serena. Esa respuesta instintiva, ese amor irrefrenable a ir por ahí estrechando manos tan característico del Sr. Clinton no va con él. El Sr. Obama no es ni de tocar ni de sentir. Tiene una mirada clara (y seca): las únicas lágrimas que regaron la campaña de 2008 las vertió la Sra. Clinton. El Sr. Obama apelaba a la esperanza, pero sin efusividades. A pesar de ser el paladín de la gente corriente, nunca ha declarado sentir su dolor.

Esto concuerda con la presentación que el Sr. Obama hace de sí mismo en *Audacia*. No declara tener una sensibilidad especial ante el sufrimiento de los demás, más bien al contrario. Como recordarán, su madre había tratado de que su mente pubescente aprendiese lo que era la empatía a fuerza

de repetírselo incansablemente, pero sin mucho éxito. Sólo al alcanzar el último curso del instituto, al tratar de sobrellevar la vida con otro miembro de la familia –su abuelo materno y padre adoptivo–, llegó a la conclusión de que el dolor que le estaba causando a su abuelo superaba cualquier justificación que pudiera aducir para ello.

“Comencé a pensar en las dificultades y decepciones que había atravesado. Empecé a valorar su necesidad de sentirse respetado en su propia casa. Era consciente de que respetar sus normas podría costarme algo de esfuerzo, pero que significaría mucho para él. Acepté que a veces tenía razón y que al insistir en salirme siempre con la mía, sin preocuparme de sus sentimientos y necesidades, de alguna forma me degradaba a mí mismo”.

Esta decisión, lo que se dice cálida y espontánea, no fue. De la misma forma que el Sr. Obama presenta el déficit de empatía de la sociedad como un déficit de “imaginación”, aquí formula su despertar moral como algo intelectual. Se volvió considerado en el sentido moral del término únicamente tras serlo también en el sentido intelectual. Su confesión debería alegrar a todos aquellos que sientan que tratar decentemente a los otros tiene que ver más con la cabeza que con el corazón.

De la misma forma que la empatía provocó una revolución moral en el Obama adolescente, el Obama autor recurrió a ella para lograr otra revolución en la vida de la nación.

“Considero que un sentido más fuerte de la empatía inclinaría la balanza de nuestra política actual a favor de las personas desfavorecidas de nuestra sociedad. Después de todo, si son como nosotros, sus problemas son los nuestros. Si no logramos ayudarles, nos degradamos a nosotros mismos”.

(*Audacia*, pp. 67-68)

A pesar de que el Sr. Obama deja sin aclarar las implicaciones políticas de esta “inclinación” de la balanza, éstas se yerguen en un proyecto sin fin. De la misma forma que los jueces empáticos emitirían veredictos que favorecieran a los desfavorecidos, los legisladores empáticos aprobarían leyes de este tipo, y sus electores empáticos les apoyarían.

LA EMPATÍA COMO RECIPROCIDAD

Hasta ahora, *Audacia* había dividido el panorama político entre los “desfavorecidos”, aquellos designados como beneficiarios de la empatía, y el resto de nosotros, los designados como sus proveedores. No obstante, no se trata de la última palabra del Sr. Obama acerca de este tema. Si la empatía se diferencia de la compasión, en primer lugar, por ser más compasiva que la propia compasión, y, en segundo lugar, por ser más cerebral, la tercera diferencia es que, a diferencia de la compasión, es una vía de doble sentido.

La compasión de los años de la era Clinton se había extendido por doquier. Los compasivos la dispensaban, y aquellos que la necesitaban la recibían. El Sr. Clinton sentía nuestro dolor muy rápidamente, pero sólo cuando los escándalos y el proceso en su contra le reportaron sus horas más bajas nos imploró que sintiéramos el suyo.

La empatía, por el contrario, es para todos.

“Pero esto no quiere decir que aquellos desfavorecidos –o aquellos de nosotros que afirmamos hablar por los desfavorecidos– se vean liberados, por ello, de tratar de entender las opiniones de aquellos en una mejor situación económica. Los líderes negros necesitan valorar el legítimo temor que la discriminación positiva puede provocar en algunos blancos, y por lo tanto su oposición a ella. Los representantes sindicales no se pueden permitir no entender la presión a la que están sometidos sus empleadores por la competencia. Estoy obligado a tratar de ver el mundo a través de los ojos de George Bush, independientemente de lo mucho que pueda discrepar con él. Eso es lo que la empatía hace: nos llama a todos al trabajo, a los conservadores y a los progresistas, a los poderosos y a los impotentes, a los oprimidos y al opresor. Nos saca de nuestra complacencia. Nos obliga a todos a mirar más allá de nuestra visión limitada.

Nadie está exento de la llamada a encontrar puntos en común”.

Esta embestida contra la complacencia moral supone la reprobación más severa de los compañeros de partido del Sr. Obama que se puede encontrar

en *Audacia*. Los republicanos no disfrutaban del monopolio en la autosatisfacción, y había llegado la hora de que los demócratas se librasen de la suya.

De esta forma, podemos entender otra de las razones (y, en última instancia, la más importante de ellas) por las que el Sr. Obama ha adoptado el término empatía en lugar de conformarse con la compasión. La compasión implica muchas bondades, pero la reciprocidad no está entre ellas. No hablamos de la compasión de los débiles por los fuertes, de los pobres por los ricos, o de los enfermos por los sanos, ni falta que hace. No obstante, el Sr. Obama evidentemente ha llegado a la conclusión de que precisamente por ello, la compasión es inadecuada para la tarea de avivar una sociedad de ciudadanos libres e iguales. La retórica de la compasión peca de ser excesivamente generosa, no sólo consuela a los desfavorecidos, sino que se muestra indulgente y condescendiente con ellos. Les anima a considerarse como tomadores libres de entregar ninguna obligación a cambio.

La empatía representa el intento del Sr. Obama de corregir este defecto, de elevarnos a todos por encima de la mera compasión insistiendo en que la concibamos como recíproca. Mientras que la compasión es condescendiente con los desfavorecidos, la empatía los dignifica. Al asumir la responsabilidad cívica que involucra la empatía, se ganan el derecho a enorgullecerse de ser iguales a cualquiera. Donde la compasión ha creado clientes, la empatía forjará ciudadanos.

Al mismo tiempo, y en otro ámbito del discurso, la reinterpretación de la empatía como reciprocidad del Sr. Obama evoca el espíritu de Immanuel Kant, por no mencionar a John Rawls y otros cuasi-kantianos recientes. Ello confirma que lo que quiere decir por empatía es un principio racional, más que un sentimiento, ya que si bien existe un “principio” de reciprocidad, no hay un “sentimiento” de ella. Para Kant, la reciprocidad era la esencia de toda moralidad de las criaturas racionales como tales: el Sr. Obama estaría de acuerdo, aunque situaría el énfasis en una ciudadanía en igualdad de condiciones.

Consideremos también en esta relación la evocación realizada por el Sr. Obama a nuestra aversión a degradarnos a nosotros mismos, como pilar último de nuestra práctica de la empatía. Como se recordará, lo menciona dos

veces, en primer lugar al narrar su propia reforma moral en la adolescencia (*Audacia*, p.67), y más tarde en la prescripción de la empatía para todos (ibíd., p.68). Esto supone un reflejo de cómo entiende él la importancia central (cuasi-kantiana) que le da a la dignidad: si somos escrupulosos al tener en cuenta los puntos de vista de los otros es porque el amor propio constituye el ancla del nuestro. Pensaría en mí en peores términos si no hiciera todos los esfuerzos posibles por empatizar contigo, es decir, de considerarte mi igual.

Esta noción kantiana de la moralidad como la verdadera expresión de la dignidad humana enfatiza todavía más el intelectualismo de la concepción del Sr. Obama. Nuevamente, lo que verdaderamente informa de lo que quiere decir con la palabra empatía no se traduce en un torrente espontáneo de sentimiento por el otro, sino en un fuerte sentido de uno mismo y de una conducta digna de una persona.

Ya que he mencionado a Kant, quizá éste sea un buen lugar para defender la empatía frente a la crítica de que, a causa del énfasis en ataviarse con la perspectiva de los otros, fomenta el relativismo moral. Nada podría estar más lejos de la intención del Sr. Obama. Desde luego, él entiende la empatía como una alternativa y forma de control sobre cualquier impulso hacia el relativismo. Si uno se empapa de algunas perspectivas parciales es precisamente para propulsar el ascenso hacia otras cada vez más generales, a medida que la propia perspectiva se expande al absorber éstas. “Has observado el mundo desde todos los costados”, dice la canción de la empatía. Esto puede constituir una visión quijotesca, pero no es relativista. Recuerda al “espectador imparcial” de la *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith⁸.

LA EMPATÍA SEGÚN EL MANUAL

La retórica de la empatía del Sr. Obama tiene mucho de loable. Por encima de todo, demuestra una verdadera preocupación por la ciudadanía y por

⁸ Quisiera agradecer a Susan Shell esta sugerencia. Tras finalizar este artículo pude saber –gracias a John T. Scott– que en un correo electrónico al periodista Jon Meacham, el Sr. Obama había situado la *Teoría de los sentimientos morales* entre sus libros favoritos; cf. **Jon Meacham**, “How to read like a President,” *New York Times Book Review*, Noviembre 2, 2008. http://www.nytimes.com/2008/11/02/books/review/Meacham-t.html?_r=2

la virtud cívica. En este aspecto, representa un genuino progreso con respecto a la retórica de la compasión. ¿Pero es coherente este concepto de empatía? Llegados a este punto, podría ser útil compararlo con el concepto dominante entre psicólogos y científicos sociales.

Tras estudiar varias definiciones, esencialmente convergentes entre sí, he decidido adoptar la de Wikipedia que, pese a no ser excepcional, sí incluye un matiz que el Sr. Obama pasa por alto.

“La empatía es la capacidad de compartir y comprender las emociones⁹ y sentimientos del otro. A menudo se explica como una capacidad para ‘ponerse en los zapatos del otro’. La empatía no necesariamente implica la compasión¹⁰, conmiseración¹¹, o preocupación empática¹², ya que esta capacidad puede darse en un contexto (sic) de conducta compasiva o cruel”.

La primera oración de este párrafo establece el elemento común a todas las definiciones estándar de la empatía. La segunda vuelve a decir lo mismo pero en términos coloquiales. La tercera menciona la precaución de la que hablaba anteriormente. A pesar de que la empatía es la capacidad de acceder a los sentimientos de los otros, no implica consecuentemente la conmiseración por ellos y, menos aún, el impulso de ayudarlos. Al acceder al mundo de alguien a través de la empatía, perfectamente podemos rechazarlo como indigno de nuestra ayuda. No se puede aprehender el verdadero significado de ser nazi sin un ejercicio de empatía, y esto no implica que los nazis merezcan nuestra conmiseración.

De aquí se deduce que, como sugiere el *wikipedista*, la empatía es incluso compatible con la intención de dañar. Podría ser razonable desearle algún mal a un nazi. Se puede ir incluso más lejos –a mucha distancia– para encontrar al sujeto que disfruta con la tortura *per se*. Él también despliega una empatía exaltada. Nadie es más profundamente consciente que él de cuánto duele la tortura.

⁹ <http://en.wikipedia.org/wiki/Emotions>

¹⁰ <http://en.wikipedia.org/wiki/Compassion>

¹¹ <http://en.wikipedia.org/wiki/Sympathy>

¹² http://en.wikipedia.org/wiki/Empathic_concern

En el discurso popular, entonces, la empatía a menudo denota un sentimiento afín a la compasión o conmiseración; el Sr. Obama, como hemos comprobado, lo expone como un principio. Sin embargo, según su definición exacta y científica, no es nada de esto sino simplemente una capacidad. De forma que lo que el Sr. Obama propone como empatía difiere no sólo de la visión popular, sino también de la científica. El significado que él le da, aunque presupone nuestra capacidad para acceder a los sentimientos del otro, desarrolla la empatía en una dirección en concreto, una dirección posible, pero de ninguna forma obligatoria.

Existe una segunda dificultad con la visión del Sr. Obama. Se trata de la asunción subsiguiente de que la empatía no sólo implica el deseo de ayudar, sino que involucra ciertas políticas de ayuda. Al presentarse como el candidato de la empatía, el Sr. Obama daba a entender que las suyas eran las políticas de la empatía. No obstante, de hecho, como la empatía es una cosa y el deseo de ayudar otra, la cuestión de las políticas más susceptibles de ayudar es una tercera.

Ninguna empatía con los pobres, por muy profunda que sea, conseguirá nunca comenzar a resolver la cuestión de si las mejores respuestas a su aflicción son aquellas propuestas por el Sr. Obama. Sobre esta cuestión diferirán individuos razonables (e igualmente empáticos). Lo que distingue al economista de libre mercado convencido del Sr. Obama no es una menor empatía hacia los pobres (o incluso una menor conmiseración hacia ellos). Se trata de un desacuerdo acerca de cómo funciona la economía, de cómo se crea la riqueza y las oportunidades, de cómo se puede ayudar a ascender a los individuos en los peldaños más bajos. Ni la “empatía” ni la conmiseración como tales “inclinarian” la balanza de la política estadounidense tal y como pretende el Sr. Obama: esto es algo que sólo sus políticas podrían lograr.

¿Era consciente el Sr. Obama de *La audacia de la esperanza* de estas confusiones? Quizá no. En el cálido rescoldo producido por el despertar moral de su adolescencia, quizá pudo exagerar el valor de la empatía. Quizá también llegó a la conclusión de que acceder completamente a la visión de los pobres implicaba aprehender *ipso facto* la necesidad de un sector público mayor para poder atender eficazmente sus problemas.

Por otro lado, quizá era consciente de estas dificultades. El astuto político que habita en él seguro que reconoció las ventajas de adscribir completamente su programa social a la empatía. “El presidente de la empatía”: sonaba bien. “El presidente de la empatía (más el de la conmiseración, más un conjunto discutible de asunciones para las políticas sociales y macroeconómicas)”: eso no sonaba bien¹³.

LOS SUTILES VICIOS DE UNA VIRTUD NOVEL

Pocas cosas ejercen un hechizo tan poderoso como la cuadratura del círculo moral. Al combinar un aire de imparcialidad con una adhesión al partidismo progresista, resultaba indudable que la empatía del Sr. Obama hallaría simpatías entre los demócratas. Aun así, ya que las cuadraturas del círculo (moral o de otro tipo) siempre han fracasado de alguna forma en el pasado, tenemos derecho a ser un poco escépticos en este caso.

En el suelo, ya fuere en los corredores del poder o en los turbios canales de la interpretación parcial de los medios de comunicación, se ha tratado del trabajo partidista habitual. El Sr. Obama probablemente esperaba atraer algo de apoyo republicano para sus ambiciosos planes, entre ellos la reforma del seguro sanitario, pero, si éste era el caso, habrá quedado decepcionado. Lo último que los republicanos desearían hacer es otorgarle una ventaja política por la vía de garantizar su no partidismo (o poniendo en práctica cualquiera de esos planes).

Por otro lado, están los correos electrónicos exhortatorios que recibo del Comité Demócrata Nacional (muchos de los cuales llegan bajo el nombre del propio Sr. Obama). Estos *emails* no me han instado a ponerme en los zapatos de los republicanos para ver el programa del Presidente como lo ven

¹³ Para aquellos que deseen profundizar en el tema de la empatía, existe una ola reciente de literatura popular y académica sobre esta cuestión. Se puede comenzar con **Mary Gordon**, *Roots of Empathy. Changing the World Child by Child* (Toronto: Thomas Allen, 2005), escrito por una de las principales psicólogas de la educación; **Frans de Waal**, *The Age of Empathy. Nature's Lessons for a Kinder Society* (New York: Harmony Books, 2009), escrito por uno de los principales biólogos evolutivos; **Jeremy Rivkin**, *The Empathic Civilization. The Race to Global Consciousness in a World in Crisis* (New York: J.P. Tarcher/Penguin, 2009), escrito por un prolífico crítico social de tono urgente; **Michael Morrell**, *Empathy and Democracy. Feeling, Thinking, and Deliberation* (College Park: Penn State Press, 2010), escrito por un politólogo. Me gustaría agradecer a Richard Dagger por comentarme la publicación de este último (y muy reciente) libro.

ellos. No han buscado recordarme que aquellos estadounidenses que no están de acuerdo con el Presidente lo hacen patrióticamente y de buena fe.

Alguien podría decir que no es razonable (e incluso en cierto sentido es injusto) alzar al Obama Presidente a los elevados estándares anunciados por el Obama candidato (e incluso más injusto alzar a sus asalariados del *Democratic National Committee* también). Desde luego, tendría su punto de razón, pero es irrelevante para lo que yo trato de decir. Mi reflexión no es que el Sr. Obama y sus partidarios deban ser culpados por abandonar la empatía por el partidismo. Se trata de que, pese a sus mejores intenciones, la empatía tal y como él la perfila es más susceptible de avivar el fuego del partidismo que de apagarlo.

El problema, tal y como yo lo veo, es el vínculo inevitable entre la empatía y la autocomplacencia. La autocomplacencia comporta el partidismo e inevitablemente lo agrava; la empatía, para restringir lo primero, tendría que moderar lo segundo. Sin embargo, la versión de la empatía del Sr. Obama parece menos susceptible de atemperar la autocomplacencia partidista que de fomentarla. Recuérdese que su agenda partidista presenta la “inclinación” de la sociedad estadounidense hacia los intereses de los “desfavorecidos” como una demanda de la empatía en sí misma. Así, la empatía que el Sr. Obama exige a los demócratas parece ambigua y contradictoria. Por un lado, se trata de una empatía hacia los republicanos que, como tal, tiene como objeto mitigar el partidismo hacia ellos. Por el otro, se trata de una empatía hacia los oprimidos, que es algo que siempre incitará a los buenos demócratas. *La audacia de la esperanza* fomenta estas dos versiones de la empatía, y obviamente el Sr. Obama se ha propuesto la tarea de ejemplificarlas. En teoría, no existe un conflicto forzoso entre las dos, pero, en la práctica, podría ser otra historia.

Los antecedentes históricos no son alentadores. Por citar el caso más ilustrativo (ya que constituye el paralelismo más cercano), considérese a los jacobinos. Se presentaban a sí mismos como los defensores de... ¿qué? Justamente del partidismo empático en nombre de los oprimidos. En la versión corrompida del pensamiento de Rousseau predicada por Robespierre y Saint-Just, la compasión –el término empatía aún no existía– era la característica de los infrecuentes hombres públicos que realmente servían a los pobres y oprimidos. Dado el vasto cisma que separaba a las clases políticas de

cualquier color de las masas parisiñas empobrecidas, sólo la compasión podía forjar el vínculo necesario entre ellas.

Sin embargo, esto parecía sugerir que todos aquellos carentes de esta supuesta compasión (es decir, todos los opositores políticos de los jacobinos) demostraban una actitud intolerable. Aquellos que no mostraban piedad, no recibían piedad. Dicha versión temprana y atroz de la política de la empatía condujo directamente al Terror. Se puede leer sobre ello en el libro *Sobre la revolución*, de Hannah Arendt.

El terror es la última cosa en la mente del Sr. Obama. Aun así, cualquier política de este tipo comporta el riesgo de estigmatizar a aquellos que no coinciden con ella como antiempáticos, lo peor que se puede ser. Siendo el partidismo político lo que es, este resultado es prácticamente inevitable. Obsérvese el caso de George Lakoff, uno de los principales líderes intelectuales del Partido Demócrata, quien, al escribir al comienzo de la era Obama, simplemente equiparó las opiniones políticas “progresistas” con la empatía. Consignaba así a los disidentes a la oscuridad. Evidentemente, esta versión de la empatía poco hace para mitigar el partidismo. Y es igual de obvio que muchos demócratas la suscriben, y además se les anima a ello desde las filas del DNC (Democratic National Committee).

A esto se debe añadir que incluso el otro aspecto de la empatía del Sr. Obama –la empatía practicada no hacia los “desfavorecidos”, sino hacia los propios oponentes políticos– podría ejercer su propia contribución paradójica en la forma de severidad para con los oponentes. Aun a riesgo de agotar la paciencia del lector, me gustaría decir una vez más que el postpartidismo no es ausencia de partidismo. Se deduce de la visión del Sr. Obama que, una vez alzado empáticamente por encima de las divisiones partidistas, se puede regresar a la lucha con fuerzas renovadas. Te has puesto en los zapatos del otro y hecho todo lo posible para entender su (gravemente equivocada) visión del mundo. No se puede exigir más, por lo tanto, toca felicitarse. Es hora de regresar al trabajo (partidista) diario, fortalecido además por un sentimiento añadido de satisfacción por haber hecho tamaño esfuerzo (y, si se puede añadir, hacia adversarios que han demostrado muy pocas señales de reciprocidad). Nada enardece tanto el partidismo como la impresión de haberlo trascendido.

Así que no podríamos fijarnos necesariamente en los partidarios de Obama, ni siquiera en los más honrados y con mejores intenciones, como ejemplo de un trato más considerado a los adversarios que el de sus predecesores. Si entonces se era un demócrata con sanos instintos partidistas, azul por dentro y por fuera, la empatía del Sr. Obama le deleitaría. Si se era republicano, no tanto.

Las reflexiones sobre la empatía del Sr. Obama constituyen un singular y extraordinario esfuerzo por parte de un político en alza para justificar su elección de una vida pública y los compromisos que le han dado forma. Se lee como un viaje de autodescubrimiento, un intento de dejar al descubierto, por su propio bien tanto como por el de los demás, los cimientos de sus ambiciones políticas. Su debate contiene reflexiones valiosas y suscita preguntas espinosas. Al utilizar el doble deber como la nueva base reconocida del partidismo democrático y la antigua base para moderarlo, la empatía suscita el venerable problema de si alguna vez se nos concede la posibilidad, en la moralidad tanto como en otras esferas de la vida, de poder estar en misa y repicando.

PALABRAS CLAVE

EE.UU. • Valores occidentales • Formas actuales de pensamiento antiliberal

RESUMEN

En este artículo se pretende analizar las consecuencias del cambio que el presidente Obama ha realizado al sustituir la compasión por la empatía en su papel de virtud política fundamental.

ABSTRACT

This article will try to analyse the consequences of the change brought about by president Obama's replacement of compassion with empathy as the essential political virtue.